

Tener fe en que un día viviría mejor

Esteban del Río de la Fuente

Yo nací en el año 1925 en un pueblito: Renedo de la Vega, provincia de Palencia, a orillas del río Carrión. Un lugar muy bonito.



Está a 8 kilómetros de Saldaña donde todos los 8 de septiembre se venera la Virgen del Valle. En esa época se hacía una romería muy bonita. Llegaban de todos los pueblos peregrinos a pie, con burros y muchos carros tirados por ganado. La fiesta duraba todo el día y la leyenda dice que la Virgen se le apareció al rey Alfonso XII¹ (*sic*) en sueños y le dijo por el único lugar que podían atacar a los moros. Por la orilla del río Carrión, bajo un gran castillo había una puerta y según la leyenda por ese lugar pudieron combatirlos. Del castillo existen muros en la actualidad.

¹ Alfonso XII reina en el s. XIX, por lo que no tiene nada que ver con la leyenda (N.E.).

Mi pueblo está en una zona de vega. El río Carrión separa la vega de la loma al Este. Al Norte sigue vega hasta tocar con las montañas en Guardo. Al Oeste había un río a unos 3 kilómetros que le decían “De los Molinos” y luego había un páramo. Al Sur seguía la vega hasta Carrión de los Condes donde empezaba la tierra de campos y seguía hasta Palencia. Toda la vega era agradable y había posibilidades de hacerla producir más. Las márgenes de orilla del río Carrión estaban desiertas, sin un árbol, solo con matorrales. Por los años 40 al 50 forestaron de chopos todas las márgenes del río.



Pero la vida para todos era muy mala: había algunos ricos y muchos pobres. Según me han contado, no había trabajo de ninguna clase. Para sobrevivir había que salir de casa a recoger hierba tanto para las vacas como para los conejos y los cerdos cuando tenías uno... había que hacer kilómetros para conseguir un saco de tabas (cardos). A

las gallinas que también había unas 15 ó 20, había que darles todos los días lo más económico que encontrabas.

Esto pasaba mientras yo iba creciendo. Cuando cumplí siete años, falleció mi padre.

El único recuerdo que me quedó de mi padre es esta foto donde estamos mi hermana mayor Teresa y yo junto a mi madre y mi padre.

Entonces me di cuenta de la realidad de la casa. Para conseguir un peón no teníamos pesetas para pagarle. ¿Cómo hacíamos?: seguir trabajando las tierras con muy pocos medios de trabajo y sin abonos. Los rindes² de siembra no alcanzaban a cubrir las necesidades y gastos. Yo tuve que ir a ayudar a mi madre a arar a los siete años con arado de madera y otros trabajos que eran peores. Sin ayuda de nadie las tierras que no eran de riego se sembraban un año sí y otro no. Esto se llamaba “dejar descansar la tierra” de barbecho hasta la siembra al año siguiente en octubre o noviembre. Las tierras de riego se sembraban todos los años.

Era el año 1932 ó 33 y mi madre mandó esta foto a su hermano Maximiliano que ya había emigrado a la Argentina. Hoy pienso cómo pudimos sobrevivir sin ayuda de nadie una mujer viuda con cinco hijos chicos como se ve en la foto. Mi madre, mi hermana mayor Teresa, yo con siete años, Martín con cuatro, Ignacio con dos y Catita que nació a los tres meses de fallecer mi padre. Ignacio estaba con un ama de cría en Laserna y Catita se la entregamos a un ama de cría que la atendió muy mal y después de pagarle catorce meses falleció.

Nosotros teníamos 8 hectáreas en total, 4 propias y 4 arrendadas. En el total de las 8 hectáreas unas 4 eran de riego rústico, porque el agua pasaba por distintos surcos de varias tierras particulares y a algunos les gustaba y otros no te permitían hasta que algún juez te autorizaba. Estas 4 hectáreas estaban divididas para trabajadas en 16 a 18 parcelas. Era una época de mucha ignorancia y poca comprensión entre los vecinos. La comida era a base de legumbres (alubias, fréjoles y garbanzos) y un cerdo de 100 kilos que tenía que alcanzar para todo el año. Había un vecino que le decía a mi madre: “Mira, Cándida, aquí comemos nada más que para que no se nos separe el cuerpo del alma”.

Pasaron los años y en el año 1936 se levanta la Guerra Civil: a unos les decían republicanos y a los otros nacionales. Ninguno entendíamos nada. Yo me enteré un día cuando llegando a casa mi madre me dijo: *Habéis visto camiones gritando: ¡Arriba España!, hay que levantar el brazo y extender la mano derecha y gritar ¡Viva España!* Al Sr. Lorenzo, el carnicero, que iba a vender por los pueblos carne de oveja y cordero en un caballo con alforjas,

² Rendimientos (N.E.).



caminaba por la carretera y al no enterarse de lo que pasaba, con un camión que pasó gritando él no dijo nada y le soltaron un tiro que casi lo matan. En el pueblo no nos movimos de casa hasta la noche que fuimos a escuchar la radio a casa de un vecino que era el único que tenía una; ahí nos enteramos que se había levantado la revolución entre los nacionales y los republicanos. Entonces tuvimos unos días de mucha incertidumbre hasta que nos informan que esa zona había quedado por los nacionales. Fueron días de mucha confusión los que siguieron y muchas muertes. Se mataba sin piedad. Me acuerdo un día a la noche, llegaron a la cantina del pueblo unos guardias civiles, preguntaron por el dueño y cuenta él que en ese momento se le atragantó una castaña que estaba comiendo, porque había votado a la República y creyó que venían por él a darle el “paseillo”...cuando sin más palabras le dicen: *junta gente y vayan a enterrar a cuatro rojos que están a dos kilómetros en la carretera dirección Saldaña.*

Para esta fecha yo ya tenía 11 años y seguíamos trabajando como antes, arando para ayudar a mi madre. Teníamos cuatro vaquitas y las juntábamos de dos en dos con el yugo bien atadas en la cabeza por los dos cuernos con una lonja de cuero y luego las maromillas (o riendas) se ataban de la cabeza a la oreja del lado de afuera y de atrás el que iba arando manejaba con esas riendas al par de vacas. Para dar vuelta se tiraba de la maromilla de una vaca ya la otra se le pinchaba con

una vara. Esto cuando arabas con el arado de madera que ibas y venías por el borde que había dejado el surco a la ida y lo mismo repetías a la vuelta. Esto era un arado compuesto de una pieza donde se colocaba la reja de hierro, una camba y un cuño para apretar la reja, luego dos piezas largas para enganchar en el yugo. Esto se ve en los museos hoy.

Luego estaba el arado con vertedera de hierro, para arar siempre para el mismo lado. Había una trilladera que consistía en dos o tres tirantes con cuatro travesaños y una especie de cuchilla que llevaba abajo para romper los terrones de tierra. Medía unos dos metros de ancho por unos 40 centímetros de largo. Para subir encima y mantenerse de pie te sujetabas de las maromillas o sino de la cola de la vaca.

El tiempo de siembra del trigo era octubre, la cebada en marzo y las alubias y fréjoles que se sembraban en primavera sobre el mes de mayo.

El trigo lo sembrábamos y lo tapábamos con un tipo de arado con dos vertederas llamado “melgo”. Había de cuatro surcos pero la mayoría nos conformábamos con el de dos surcos, no nos daba para más. La siembra de la cebada era muy parecida a la del trigo. Luego en tierra de riego sembrábamos las alubias y fréjoles y alguna remolacha forrajera para los animales en el invierno, que era largo (de noviembre a marzo).

El trigo lo sembrábamos a voleo previo marcado de una melga de unos cuatro o cinco metros de ancho. Marcábamos con montoncitos de tierra. Con un saco que nos poníamos en el hombro izquierdo y con la mano derecha esparramos los granos o semilla. Lo mismo se hacía con la avena o cebada.

Las legumbres y remolacha tenían otro sistema más lento y costoso. Teníamos que hacerlo de a dos, uno mayor con un azadón abría una especie de surco. El compañero, un chico, iba poniendo de a cuatro o cinco granos cada cinco o diez centímetros. El que tenía el azadón luego iba dejando unos diez centímetros de surco en surco y sacaba tierra de un lado y tapaba los granos del surco paralelo con una cantidad de tierra de cinco centímetros aproximadamente. Así se seguía hasta terminar.

Las fincas eran chicas, en una hectárea podíamos tener ocho o diez pedazos de tierra. Después de ocho días empezaban a nacer los brotes y teníamos que cuidar que las palomas no rompieran la curvita que hacen al nacer las alubias. En esa época había palomares con muchas palomas y teníamos que poner espantapájaros, pero pronto se daban cuenta que era un truco y veías a los pájaros a la sombra del mismo. Cuando crecían unos diez centímetros tenías que ir a excavar. Se empezaba al salir el sol, a mediodía comíamos y a las catorce horas nos íbamos a seguir el trabajo hasta la noche. Parábamos a las cinco para merendar pan, cebolla y un traguito de vino del boto y a seguir trabajando.

Todo esto sin ninguna ayuda mecánica era muy duro. Luego se presentaba la siega de los prados: había que juntar la hierba, hacerla secar y meterla

en los pajares para los animales. A continuación venía el verano para cosechar el trigo, cebada y productos forrajeros para los animales. Para esto necesitabas ayuda e íbamos a Saldaña el día 29 de junio, día de San Pedro, mi madre y yo en el burro “*Tranquilo*” a conseguir un agostero. Mucha gente iba para lo mismo. En la plaza conversabas con algún muchacho y al que contratabas ya venía a casa con nosotros. El empleado cortaba el trigo con la guadaña y yo que era más chico con una hoz o segadera juntaba la mies en brazadas que las llevaba a un montón que hacíamos cada trecho y se llamaban morenas. Detrás iba mi madre pasando el rastro que era como un rastrillo todo de madera, hasta los dientes. Cuando terminabas de segar, empezabas la trilla: la mies que habías hecho en morenas se recogía con el carro y las vacas. El carro era de madera con dos ruedas y una viga de metro y medio de largo y unos veinte centímetros de espesor que se ataba al yugo de las vacas, quedando entre las dos y el carro atrás. Las manejabas desde el carro vacío y cuando cargabas la mies te sentabas adelante encima del yugo y los cuernos de las vacas. Al carro para acarrear la mies le colocábamos tres o cuatro picos a cada lado y de esa forma cuando quedaba cargado se veía solo la cabeza y el yugo de las vacas. Esto lo llevábamos a la era, que es un campo compartido por los vecinos del pueblo donde cada lote se sorteaba con anterioridad. Descargabas el carro en el lote que te había tocado. Por lo general hacías dos viajes por mañana y para esto te levantabas a la una de la mañana pues después del segundo viaje tenías que preparar la mies en forma de círculo bien esparramada.

A eso de las 10 horas atabas a las vacas o caballos a los trillos y empezabas a dar vueltas todo el día hasta que se molía la paja como para poder beldarla y separar el grano de la paja. Esta paja luego se lleva al pajar y valía para cama de animales y para pienso. Se les echaba una zaranda de paja en el pesebre y arriba un poco de harina para que comieran.

Los trillos eran unos tablones con la parte de adelante curva para no arrollar la mies y con astillas de piedra clavados en la parte de abajo. En la delantera tenía un hierro para enganchar el tirante al yugo. Encima del tablón iba el que mandaba los animales y a los niños les gustaba acompañarlo.

Cuando se terminaba de trillar a la tarde se cogía el aparvador para juntar la trilla. Para este trabajo nos sentábamos varios para hacer peso y así raspaba mejor el suelo. De esta forma se juntaba la paja molida que luego con una horquilla de madera se subía hacia la parva o un montón en forma de pirámide. Al día siguiente se hacía lo mismo y así hasta terminar y barrer la era. Para barrer había escobas especiales, muy pesadas. Para beldar, o sea separar la paja del grano, había que esperar que hubiera viento y luego el grano se llevaba a la panera y la paja a los pajares.

Luego venía la cosecha de las alubias y fréjoles que se hacía a mano arrancando las plantas y haciendo montoncitos para luego cargarlos en el carro

y llevarlo a la era donde de extendía bien y luego cuando estaba bien seco se apaleaba para sacar los granos. Se juntaban las ramas y se barría el piso para recoger el grano. Esto se repetía hasta tres veces y luego se trillaba.

A continuación seguía la cosecha de remolacha, y había que sacarlas, limpiarlas y llevarlas al depósito. Con esto ibas terminando la recolección de todo un año.

Luego había que sacar trigo para pagar la renta de las cuatro hectáreas arrendadas y el cupo que tenías que entregar al gobierno. Desde que empezó la Guerra nos dieron una cartilla de racionamiento todas las semanas con lo que te correspondía, pero esa cantidad equivalía a lo que la familia consumía en un solo día o dos. Y al gobierno había que entregar el total de lo cosechado; ¿cómo hacías? Cada vez veías más miseria, los comercios y tiendas más desabastecidos hasta ver todas las estanterías vacías. Llegó un día que las señoras vestían todas igual: vestidos de tela rayada, es la tela que tenían las camas bajo el colchón, en el jergón que estaba lleno de hojas de maíz secas. Buscábamos por los molederos para ver si encontrábamos alguna suela y con un trapo hacíamos unas zapatitas.

El gobierno durante la Guerra y unos años después era inflexible, hacía dar la declaración jurada y por lo declarado tenías que entregar el cupo que te mandaban los de suministro. Si tú cumplías te quedabas sin nada más que la cartilla; y sino tenías la posibilidad que te revisaran la casa y si te encontraban algo ibas preso. ¿Cómo no pensar en salir de eso? Al fin todos empezamos a arriesgar algo y por las noches íbamos al molino cercano con unos sesenta kilos de trigo en el burro a molerlo. Luego en casa las mujeres cernían la harina con una especie de zaranda con una tela muy fina en el fondo y sobre una especie de rieles lo desplazaban y caía en una batea y de esa forma ya había harina blanca. Luego preparaban el horno donde entraban unos veintidós panes de dos kilos cada uno. A la noche calentaban el horno y a la mañana ya teníamos pan blanco para unos veinte o veinticinco días; lo último sabía un poco a roquefort por lo mohiento (*sic*) que estaba pero para el hambre no hay pan duro.

De esta forma fuimos pasando. Gracias al alcalde que tuvimos no nos pasó nada: él nos decía: “vean, he hablado con los de suministro y hay que entregar tantos kilos de trigo y legumbres, chorizo, jamón y otros. Si conseguimos la cantidad no nos registran ninguna casa”. Él conocía a todos y personalmente iba y te decía lo que podías entregar para cumplir. Había algunos que no solo guardaban para consumo sino que también vendían de estraperlo³, que había empezado a funcionar. Para saber bien lo que cada uno tenía sembrado fui-

³ Contrabando de artículos alimenticios de primera necesidad en los años 40 (N.E.).



mos seis personas, entre ellas yo, que conocían las fincas por el polígono del ayuntamiento y recorrimos una por una y le dimos al alcalde la cantidad de áreas y hectáreas que tenía cada uno sembrada. De esta forma cumplíamos con los de consumo y nos quedaba algo para vender de estraperlo. Por la noche venían camiones con bordalesas⁴ o carrales. Antes había conversado contigo el comprador y te pagaba lo acordado. Cargaba las legumbres por un embudo en las (*sic*) carrales y así seguían viaje como que llevaban vino.

Pasando todo esto yo no veía la hora que mis hermanos fueran creciendo para yo poder dejar esa vida de mucho trabajo, riesgo y no ganabas nada. La cosecha apenas te alcanzaba para mantener los animales de trabajo y pagar rentas.

Después de un tiempo de terminada la Guerra el mejoramiento era muy poco. En los pueblos pasaron años sin fiestas y diversiones hasta que poco a poco se fue abriendo algún salón para baile los domingos con un piano a manija y piso de tierra.

De esta manera fui llegando a la edad de ir al servicio militar. Me atrasé un año por ser el único que podía ayudar a mi madre. Ingresé en el Regimiento de Artillería nº 25 de Vitoria. Era el año 1946. Cuando llegamos todo era novedad; nos mostraron los cañones de 105 mm. desarmables en unos 36 segundos (cuando el sargento nos dijo esto yo creí que se había confundido y serían minutos). Eran cañones que se desarmaban y se cargaban en mulos para subir a cualquier montaña. Luego fuimos a un campamento fuera de Vitoria

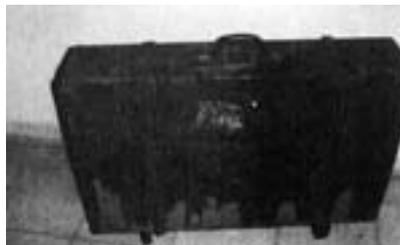
⁴ Se refiere a la barrica bordelesa (N.E.)

a hacer instrucción de todo. Cuando volvimos ya nos dedicamos a las tareas de cuartel.

Yo un día le comuniqué al sargento dónde podía aprender algo de cultura general, éste se lo dijo al capitán y me llamó personalmente y me dijo que él me iba a dar clases en su casa. Lo cumplió y yo quedé agradecidísimo.

Con la batería, los días como el Corpus Christi, el capellán decía misa de campaña en la plaza principal de Vitoria. Nosotros acompañábamos con dos cañones. Para ese tiempo me habían nombrado cabo primero y entonces tenía la responsabilidad que los artilleros que correspondían a mi pieza fuesen eficaces para descargar los mulos y armar el cañón en los 36 segundos. Antes de la misa los cañones tenían que estar armados y al terminar la misa se desarmaban y se cargaban a los mulos y se decía al capitán: “Mi capitán el primer cañón está listo”.

En el regimiento todos los días antes de comer formaba la compañía y así marchábamos hacia el comedor. Había más de un 30% de analfabetos y hasta que no sabían escribir y leer no iban a casa. Un día estábamos en clase de religión, en un salón muy grande con un escenario. El capellán me mandó subir y me hizo varias preguntas y yo se las contesté bien, entonces me dice: “Muy bien, soldado, por haber contestado bien a todo, el Capellán del Ejército de Artillería te va a conseguir un mes de permiso”. Esto se lo conté al Capitán de mi batería que me felicitó.



Maleta.



Esteban del Río en la “mili”.



Partida de nacimiento de Esteban del Río.

Yo tuve la suerte de tener varios meses de permiso durante la estadía de dos años en el Regimiento, cuando regresaba de casa llevaba provisiones para unos días en la maleta de madera que tenía. Los familiares de mis compañeros de batería me hacían llegar a casa particularmente pan blanco, algún chorizo, alguna conserva y la maleta iba completa. Para llegar de la estación de trenes tomaba calle Tato hasta el Regimiento a pie y la maleta pesaba bastante. Esta maleta luego me valió para venir a Argentina y aún la conservo como un trofeo.

Cuando me dieron de alta en el Regimiento y volví al pueblo era el año 1948 y había cambiado muy poco. Había alguna posibilidad de ir a trabajar a otro país o a otra provincia de España. Yo vi que mis hermanos habían crecido y éramos mayores todos y alguno tenía que emigrar. Fue cuando escribí a mis tíos, hermanos de mi madre, que estaban en Argentina y les dije que me reclamaran. Así fue como me puse a hacer trámites para conseguir el pasaporte y esperar que me mandasen el pasaje los tíos desde Argentina.

En este tiempo que estuve esperando para viajar, un conocido de mi madre y muy buena persona, le dijo: *Cándida, para sembrar las alubias y fréjoles tengo una máquina que puede sembrar con una vaca o un caballo y una persona sola; si quieres ven por ella.* A los dos días tomamos el carro con las vacas y fuimos a Villaluenga a 9 kilómetros de Renedo y cerca de Saldaña. Al llegar nos dieron de comer muy bien, era una familia muy amable. Luego cargamos la máquina y al día siguiente sembramos. Se ve que había empezado España a despertar. Pero algunos en el pueblo cuando nos veían sembrar así se reían, creo que era la ignorancia.



Pasaporte.

En el pueblo ese año querían arreglar la fragua y me nombraron secretario por dos años de la Junta Vecinal “ad honores” (*sic*) para hacer el borrador de cómo cobrar a los vecinos. Yo en el servicio militar había aprendido a hacer partes y mucha matemática. La fragua era donde aguzaban las rejas de los arados y tenía un fuelle grande, una tobera que funcionaba a carbón

con el aire que le inyectaba el fuelle, un yunque donde trabajaba el herrero el hierro al rojo vivo y una batea con agua para templar las piezas. Esta fragua la hicimos nueva y se pagó por categoría de vecinos, por parte personal, por número de labranzas y por animales de huelga un total de tres mil ochocientas ochenta y siete pesetas. Todavía conservo los borradores con el detalle del aporte de cada vecino.

También para sacar fondos para gastos del pueblo hicimos un reparto por las hierbas de las eras. El presidente era Gaudencio Quijano, vocales Obdulio Martínez, y Juan Andrés. De esto también conservo el borrador.

En el año 1950, el 31 de julio, me embarqué en Vigo en tercera clase del vapor francés Groix, con dirección a Buenos Aires, (de regreso este barco se hundió). Visitamos Dakar, Bahía y Río de Janeiro en Brasil, y Montevideo. Fueron 26 días de viaje. Llegué a Buenos Aires como figura en el pasaporte el 26 de agosto.

El viaje fue muy bueno, el mismo día que embarcamos cuando nos dieron la cena nos pusieron la panera con pan blanco y a mí y un muchacho que estaba conmigo nos llamó la atención que se podía repetir el pan todo lo que quisiéramos. Al día siguiente estábamos mirando el mar y un señor nos dice: “¿Qué tal muchachos, os habéis mareado?”, le dijimos que no y nos preguntó si queríamos ir a ayudar al encargado de la fruta y al carnicero. Le contestamos que sí y nos llevó abajo donde estaban las cámaras con pescado, queso, frutas, carne. Nos mandaban contar las naranjas y manzanas para postre. Otro día nos decían que sacáramos quesos. A la mañana temprano cuando llegábamos ya nos ofrecían un trago de coñac y nos decían qué teníamos que hacer.

Durante la escala en Montevideo, una familia que viajaba con niños y había quedado muy agradecida de todas las frutas que les entregamos en el viaje, nos invitaron a comer a su casa; luego nos despedimos y fuimos a conocer la ciudad. Preguntamos por algún baile y nos dijeron que a esa hora no había; es que en España los bailes empezaban a las dos o tres de la tarde y aquí recién a la noche.

Al pasar el Ecuador hicimos una fiesta en el barco. Así fue que día a día íbamos alejándonos más de España y de aquellos recuerdos que había vivido durante veinticinco años.

En el puerto de Buenos Aires me esperaban dos primos hermanos y unos conocidos que habían emigrado de cerca de mi pueblo. Fue una inmensa alegría encontrarlos con ellos. Nos subimos a un tranvía y empezamos a contar cosas de allá y de acá y se nos pasó el tiempo de bajar; cuando nos dimos cuenta el tranvía estaba en la estación y no salía hasta el día siguiente. Tuvimos que tomar un autobús par volver.

Al día siguiente fui a La Plata y estuve unos días comiendo muy bien, recordando lo que yo había pasado en España. Llegó el día de viajar a Santa

Nombres y Apellidos	Días por trabaja 20	Días de vacación 20	Días de salario 20	Días de trabajo por mes		Total a pa- garse	
				20	20	20	20
Ernesto Pérez ausente	10	-	-	-	-	-	10
Manera Salas	10	-	-	-	-	-	10
Félix Honero	10	-	-	-	-	-	10
Feliciano Gutiérrez	10	-	-	-	-	-	10
X Felinto del Cantal ausente	10	-	-	-	-	-	10
X Brigada de Vega ausente	10	-	-	-	-	-	10
Marciano Casanero	10	-	-	-	-	-	10
X Leguro Pedraza ausente	10	-	-	-	-	-	10
Quirino Pedraza ausente	10	-	-	-	-	-	10
Alfonso Casanero ausente	10	-	-	-	-	-	10
Valeriano Pedraza ausente	10	-	-	-	-	-	10
Salvador Casanero ausente	10	-	-	-	-	-	10
Alfonso Honero	10	-	-	-	-	-	10
X Alfilano Honero médico	10	-	-	-	-	-	10

11543	181630	135519	39000	4423	395953	385742	251695	2885	741	3610	380	145	29	4910	445	5244	515	1104	138	32	418	118	1044	584	51830	418	902	21	418	40	90640	9474
-------	--------	--------	-------	------	--------	--------	--------	------	-----	------	-----	-----	----	------	-----	------	-----	------	-----	----	-----	-----	------	-----	-------	-----	-----	----	-----	----	-------	------

Importe de la fragua edificada a favor del pueblo y su distribución entre labranzas, personal y categorías.

Tener fe en que un día vivirá mejor

Reparto hecho por esta Junta; por ganado de hueca y ganado sajar, para contribuir al pago del aprovecho y mantenimiento de las bujías de las tierras vacantes, los diez trancheos que están libres para ganados vacíos del Pueblo.

El gan. total de quince, espáñoles, las pesetas, a razón de ochocientos por hectárea; según se pagó por hacer el desgrane.

Este reparto se entienda de la forma que sigue:
Cada diez trancheos hagan como un ganado de hueca.

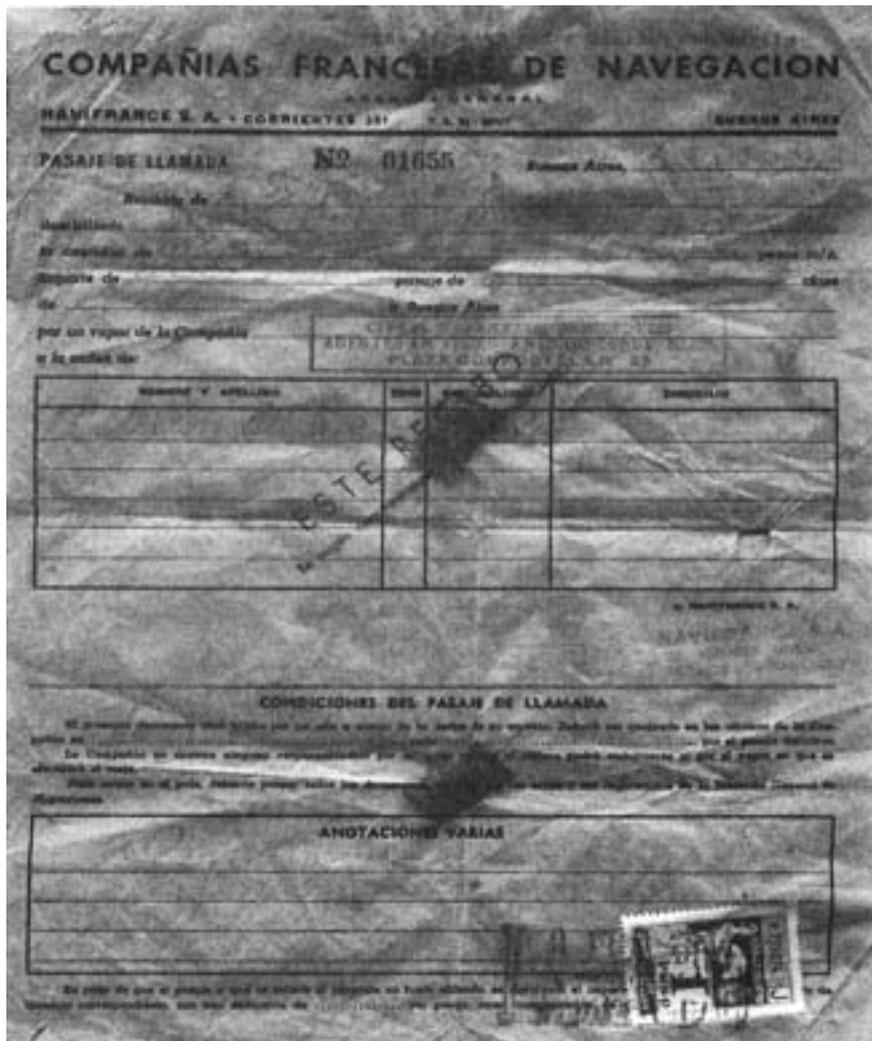
Nombres y Apellidos	Ganado de Hueca		Ganado Sajar		Total	
	Nº	RS	Nº	RS	Nº	RS
Antonio Ceballos +	7	128	14	30	273	14
Juan Pérez +	1	-	14	30	14	30
Antonio Herrera	2	-	14	30	28	60
Guillermo Ruizano	6	132	14	30	283	14
Luciano Acosta +	1	-	14	30	14	30
Severiano Díaz +	3	-	14	30	42	90
Abelardo Martín	3	-	14	30	42	90
Juan Fierro	3	-	14	30	42	90
Isabel Salas +	1	-	14	30	14	30
Juan Rodríguez	1	-	14	30	14	30
Basilio Oliva +	3	50	14	30	114	90
Pedro Encarnilla +	1	-	14	30	14	30
Valentín Rodríguez +	1	-	14	30	14	30
Saturnino Fernández	4	-	14	30	56	20
Dn. Sebastián Costa	1	-	14	30	14	30
Salvador San Juan	2	-	14	30	28	60
Severino Herrera	2	-	14	30	28	60
Mercediano Fernández +	1	-	14	30	14	30
Fernando Varón +	1	-	14	30	14	30
Conrado de la Fuente	6	-	14	30	84	20
Alfonso Ferrer +	1	-	14	30	14	30
José Ferrer +	1	-	14	30	14	30

Tener fe en que un día vivirá mejor

Ríos, acomodar cajones vacíos o llevar una pila grande de cajones a una mesa donde las empleadas seleccionaban los huevos. En esa época Argentina tenía el problema sindical grave, yo veía a los empleados que para coger un cajón de la pila lo hacían como en cámara lenta, caminaban despacito mirando a las chicas para cualquier lado. Tanto es así que un día a un muchacho se le cayó un cajón con huevos mientras caminaba y de inmediato vino el señor subgerente y le suspendió. Al día siguiente tuvo que reincorporarle porque el sindicato se vino encima. Al otro día había que cargar un equipo grande, el furgón tenía tres ejes y me tocó entre otros cargarlo. Me dieron un lugar donde los cajones venían por una cinta; yo los tenía que pasar al furgón, un trabajo sencillo, cajón que venía, cajón que cargaba. Pero, ¿qué pasó? cuando terminamos nos fuimos al baño a lavar las manos y de donde yo estaba siento que un señor estaba riñendo a un morochito que había estado cargando conmigo, luego vino a mí y me dice “que es el delegado de trabajo y que yo no sabía las costumbres de aquí, que el tiempo de la esclavitud ya había terminado y si yo trabajaba mucho me podía pasar cualquier cosa”. A mí me sorprendió porque yo no había hecho de menos a nadie, solo cumplir con mi trabajo. Entonces le dije que no entendía eso que me podía pasar cualquier cosa, que lo íbamos a aclarar cuando saliéramos a la calle: “He venido de España que está muy lejos y el miedo lo dejé allá”. Al rato vino el morochito todo asustado y me dice “qué te dijo Encinas” yo le conté y el me dijo que lo querían “linchar”, o sea pegar. Luego también vino el subgerente y me preguntó qué había pasado. Le conté todo y me dice: “Estamos pasando por una situación muy difícil, viste lo que pasó el otro día y tuvimos que ceder, aquí siempre tienen la razón los sindicatos.”

Yo seguí trabajando. El frigorífico estaba montando una fábrica de hielo en barras. En una ocasión le había preguntado al morochito para qué querían el hielo y me contestó para enfriar la bebida y otras cosas. Así pasó el tiempo y cuando llegó el día de dar de baja a los empleados que estaban por temporada me dice el subgerente Ojeda: “Del Río, a tí te vamos a dejar efectivo” y le contesté que yo no estaba acostumbrado a ser empleado y menos aquí que si quedas bien con el dueño, quedas mal con el sindicato. Le comenté que me habían dicho que con un carro y un caballo se puede vender hielo y se gana bien. Me contestó: “tienes razón, consigue el carro y el caballo y nosotros te entregamos el hielo que necesites”. En esa época me entero que la gente del barrio hacía cola y hasta dormía en la fila a la noche para conseguir un cuarto de barra al día siguiente en la Cervecería Santa Fe. Era el verano de 1950 y no había heladeras eléctricas. Yo tomé un cuaderno y ofrecí casa por casa si les interesaba que yo le llevase hielo todos los días de mañana. Todos estaban interesados. Entonces compré un caballo a un verdulero y fui a retirarlo a un pueblito cerca. Me llevó un primo que tenía taxi. Cuando llegué a buscarlo,

era un caballo blanco muy lindo y me pongo a registrado como hacíamos en España. Le revisé los ojos, los dientes y las manos y veo que mi primo se moría de risa y le pregunto ¿por qué te ríes? y me dice: ¿qué estás haciendo? ¿No ves que el caballo camina bien? Al fin tenía razón, las costumbres no eran las mismas.



Luego a un lechero le compré el carro. Quedaban los arreos que conseguí nuevos y para buscarlos fui a caballo cruzando toda la ciudad y volví montado

Tener fe en que un día viviría mejor

encima de ellos. Cuando le dije a mi tío por donde había ido, me dijo: “¡Estás loco, has cruzado por todo el centro de la ciudad!”.



A los pocos días me presento en el frigorífico y me dice el subgerente: “Vos sabés (*sic*) que vamos a demorar unos días en sacar hielo pues en la prueba nos dan algunos moldes agujereados. ¡Qué problema, porque tengo el caballo y come! Me dijo: “No te preocupes, Esteban, vaya hablar al gerente de La Técnica” (era una fábrica de leche pasteurizada, manteca y hielo). Efectivamente me encontré con él una tarde, era un andaluz macanudo y me dijo: “No hay problema, vaya dar la orden que te entreguen el hielo que necesites desde mañana.” Así fue que a las cuatro de la mañana ya estaba cargando el carro.

Por falta de experiencia cuando había cargado veinticinco barras cierro la puerta trasera, me subo adelante para salir y al tirar el caballo se corrieron las barras para atrás, se abrió la puerta y se cayeron al suelo. Y o en ese momento no sabía que pensar. Había un repartidor de leche que se me arrimó y me dijo: “Galleguito (a todos los que veníamos en esa época nos decían gallegos) tú tienes que poner una cama de barras y luego un saco vacío arriba y así no se mueven las barras. Así lo hicimos, él me ayudó a cargar y no tuve más problemas. Al poco tiempo me llamó el Sr. subgerente Ojeda que ya funcionaba la fábrica de hielo. Empecé a cargar de allí.

Pasó el verano y el hielo no era negocio. Conversé con este señor y me dice que puedo vender a los almacenes huevos de un acopiador y fiambres del frigorífico La Estrella y quesos de La Técnica donde había retirado anteriormente hielo. Los gerentes de estas empresas eran muy amigos del que me recomendaba. Así que un día cargué huevos, quesos, salames y otros fiambres y empecé a recorrer almacenes. Al fin del día había hecho una linda ganancia. Hacía balance todos los días y veía que más caminabas, más ganabas. Luego



elegí dos días (martes y viernes) para llevar temprano antes de las seis de la mañana a las carnicerías, chorizos, morcilla, panceta, y alguna cosa más. Esto lo hacía antes de salir a los almacenes. Entonces yo me levantaba todos los días a las tres de la mañana para cargar en el Frigorífico La

Estrella a las cuatro. La distancia de donde yo vivía al Frigorífico era bastante. Me acuerdo un día fue de película, los caballos míos no sabían caminar, siempre iban a galope. Iba con Ñaró, un negrito precioso, caminando por calle La Rioja hacia el oeste y en calle San Jerónimo estaba parado el tranvía. Justo yo iba llegando y el tranvía arrancó despacito, y al querer yo detener el caballo, resbaló y tocó justo con una ventana que estaba abierta y metió la cabeza adentro. El chofer paró y al ver que no había pasado nada, nos reímos los dos, al caballo le sacamos la cabeza de adentro del tranvía y seguí viaje.

Al año siguiente, 1951, compré un carro de cuatro ruedas que tiraba con dos caballos: Ñaró y Faraón.

Durante la campaña de verano, particularmente para Navidad y Año Nuevo vendí por la mañana alrededor de trescientas barras. Cargaba en el carro unas ochenta y en el pescante unas veinte o treinta. Esos días dejaban muchas familias barras enteras, en cambio los días anteriores pedían un cuarto. La barra tenía 1,10 metros de largo por 15 ó 20 de ancho y alto y se cortaban los cuartos con un punzón con agarradero de bronce.

Después del reparto de hielo de mañana tenía que hacer el recorrido a los almacenes, ya sabían que aunque fuera tarde yo llegaba seguro. Así pasé ese año.

En esa época había muy pocos autos y el tráfico en la ciudad no era mucho. Un día tuve un accidente con un Ford T. El auto que no tenía frenos se me vino encima justo enfrente de una comisaría. No pasó nada pero a Ñaró el guardabarros le cortó la piel en la mano izquierda, arriba de la rodilla y le quedó colgando unos diez centímetros de cuero. El comisario quería hacer la denuncia y yo le dije que en otro momento, que estaba muy apurado. Pedí a un vecino una aguja e hilo y cosí al caballo ahí mismo sobre la marcha y quedó muy bien. Seguí trabajando sin problemas. Cuando llegué a casa le desinfecté y le puse una inyección contra el carbunco.

Para la temporada siguiente cambié de caballos. Un día al entrar en casa había una pérdida de corriente eléctrica en el medidor y según pisaron los

caballos dieron como un salto y uno quedó muerto. No sé cómo el otro se salvó. Yo me salvé porque tenía botas de goma. Entonces tuve que comprar unos percherones a una funeraria. Con esos caballos era una maravilla manejar, eran mansísimos, paraba en doble fila en la calle del Mercado Central mientras bajaba las mercaderías y no se movían. Cuando yo quería salir les decía “Ya” y levantaban las manos y ya estaban galopando. Eran famosos en Santa Fe.



Un día un policía vio que tenía una vara y me dijo que para qué la quería. Le dije para mantener los caballos derechos cuando caminaban por el asfalto. No había mucho pero el centro estaba asfaltado. Este policía me llevó a la comisaría y dijo que vio que yo maltrataba a los animales. Cuando salió el comisario y vio que clase de caballos eran me felicitó por la presentación que vio en los animales y me dijo: “Yaya tranquilo que a esos caballos no hace falta castigarlos”.

Así pasé el año 1952, con estos trabajos de muchas horas pero ganando bien. Había momentos que no quería tener feriados porque ese día no ganaba nada. Esto demostraba el interés que me había obligado a emigrar de mi patria.

Al año siguiente me compré un furgón Ford modelo 47 de seis cilindros.

En el año 1955 recibí la primera visita de un amigo de Quintanilla, el pueblo de mi padre. Lo llevé a conocer la Basílica de Guadalupe en Santa Fe.

Lo retiré de Rafaela, una ciudad a unos cien kilómetros de distancia, en una concesionaria pagando al contado. Ya empecé a mandar alguna ayuda a los que habían quedado en España. El pasaje en barco, primer carro y caballos ya se lo había pagado a mi tío. En 1953, yo tenía el carnet de conductor de vehículo a sangre.



Y salí a practicar con el furgón para sacar la licencia de conductor. El primer día salimos con un vecino a probar el furgón y darme idea de cómo se manejaba. Para hacer un cambio miré hacia abajo, cuando veo que el furgón se fue contra un buzón de cartas, redondo y grande de hierro fundido. Quedó hecho pedazos. Tomamos las bolsas y fuimos a entregar las cartas a la comisaría. Nos recibieron las bolsas con cartas y quedó pendiente el buzón. El jefe de correos era conocido de mi tío y le dijo: *Desí (sic) a tu sobrino que pague el buzón y todo terminado*. Y así hice. Así cuando pasaba con amigos por ahí les decía: *Miren, este buzón es mío*.

Con el furgón empecé a salir a conocer fábricas de quesos, frigoríficos, para comprar directamente y así la venta era más rentable. Conocí el Frigorífico Clucellas y me entregó la concesión del fiambre. Me hice muy amigo del dueño de una fábrica de quesos Gruyere de unos cuarenta o cuarenta y cinco kilos cada uno. Luego también tenía quesos fundidos. Este señor era ingeniero, se llamaba Alfredo y viajaba en avión particular con su administrador. Le distribuía mucha mercadería y le pagaba muy bien. Así que me tomó una simpatía particular. En su estancia una vez al año invitaba a todo el que quería ir a comer asado. Mataba tres o cuatro vaquillas de unos 350 kilos y había para todos gratis. Luego él hacía vuelos de bautismo para todo el que quería. En la mesa estaban el maestro, el juez de paz de San Martín de las Escobas y el cura. Yo no había visto nunca a un cura de paisano y me llamó la atención que le decían “padre”. Cuando nos levantamos le pregunté al dueño porqué le decían así y me contestó que era el cura del pueblo. Otra nueva para mí.

Cuando compré el furgón llevé los caballos a pastaje a un señor de Guadalupe y le pagaba todos los meses por esto. En una oportunidad que se me descompuso el camión fui por los caballos y el que los cuidaba me dice que los ha vendido. Mientras me seguía cobrando el pastaje pero me dijo: “No

te hagas problema porque la plata de los caballos te la voy a dar”, pero yo lo que necesitaba eran los caballos para trabajar. Entonces el señor Alfredo me entregó una camioneta para que yo siguiera trabajando.

Mientras tanto yo seguía conociendo fábricas de queso. Llegué a una ciudad, Cañada Rosquín, y conocí una fábrica que tenía varias clases de queso. Donde también conseguía queso de rallar era en Galvez a 100 kilómetros de Santa Fe, en un depósito de la fábrica Sancor. Mucha de esta mercadería la llevaba a Paraná y en ese entonces salía una balsa que llevaba camiones chicos y personas. Primero salía del puerto, luego de Colastiné. Tardabas un día entre espera y navegar. Luego pusieron una barcaza a cadena en Colastiné. Cuando pasabas en la Maroma, que así la llamábamos, había que hacer unos diez kilómetros para tomar la otra balsa para llegar a Paraná. Era un viaje de novela. Esto fue desde el año 1953 hasta más o menos 1967 ó 68 que hicieron el túnel por debajo del río Paraná. Hoy el viaje Santa Fe-Paraná dura solo una hora.

En Paraná yo hice muchas amistades comerciales y particulares. Había un español de Bilbao que conocía a todos los de Paraná, particularmente a las autoridades de turno. Era socio de otro señor y tenían una confitería a todo lujo. Un día me dice: “Esteban, si vas a llamar a tu hermano que venga a la Argentina, yo tengo a mi padre en Bilbao que es muy amigo del Cónsul de Argentina. Yo le voy a hablar y si precisa algo que se lo solucione y a ti te doy esta tarjeta por si precisas algo en la aduana.” Era el Director de la Aduana Marítima en Buenos Aires. Recuerdo que mi hermano traía una linda máquina de coser moderna marca Alía para mi novia y se la retuvieron. Fuimos con la tarjeta a ver a este señor y nos dio una nota con la orden de que le entregasen la máquina. Nos costó un poco en restituirla pues había uno que decía que la máquina ya estaba con los artefactos de remate. Pero el que tenía la nota que le habíamos llevado le dijo: “Mira quién lo manda”, y enseguida me entregaron la máquina que hasta el día de hoy sigue funcionando perfectamente.

Al llegar mi hermano, en el año 1960, compré un camioncito Ford 350 como para 3.000 kilos para hacerlo furgón y poder ir ampliando el trabajo. Luego un primo, el hijo del tío donde viví hasta que me casé, empezó a trabajar con mi hermano y conmigo y para eso compramos un camión grande de una carga de 6.000 kilos; lo hicimos furgón y con él íbamos a las fábricas a retirar distintas mercaderías. Después fuimos agrandando el trabajo con el furgón más chico: mi hermano repartía en Santa Fe y yo con mi primo nos íbamos con el furgón grande los jueves a Paraná y a otras ciudades de Entre Ríos.

El negocio iba bien, así fue que en el año 1966 compramos una fábrica de varios tipos de quesos y empezamos a vender mercadería propia con la marca El Triángulo.



La leche la conseguíamos de tamberos de la zona y teníamos también tambos propios. Ahí ya hicimos una Sociedad de Responsabilidad Limitada (SRL) entre mi primo, mi hermano y yo y siguió agrandándose el negocio y pudimos comprar los vehículos que se necesitaban tanto para el negocio como nuestros autos particulares.

En lo comercial sería esto lo más interesante desde que llegué a la Argentina. Luego el negocio era una rutina hasta que en el año 1995 me jubilé.

En esos años, en la década del noventa, en la Argentina empezó a sentirse las malas economías que distintos gobiernos venían haciendo. Así fue que de 1990 en adelante cada vez la nación se endeudaba en dólares y la libre importación perjudicó a toda la industria y comercio en general. Así llega el año 1995 al 98 que todos los días había fábricas y negocios que cerraban. Empezaron los bancos a suprimir créditos y adelantos en cuenta corriente y de esta forma empezaron a venir cheques sin fondos y muchos supermercados a cerrar o presentarse en Reunión de Acreedores. Llegó el año 2001 y estalló

la economía; los bancos por orden del gobierno no te dejaban sacar más pesos ni dólares de los ahorros depositados. Sólo te autorizaban a retirar trescientos pesos por semana. Lo demás te dieron un plazo para retirado en cuotas a diez y hasta veinte años.

Conté mucho de mi vida en los distintos tipos de trabajos, pero muy poco de mi vida privada. Cuando yo ingreso en La Argentina en el año 1950 estaba la Sociedad Española de Socorros Mutuos que organizaba las fiestas en el Centro Asturiano y el Centro Gallego. Yo no conocía el Centro Castellano en esa época. Particularmente se celebraba el día de la ¡Virgen de Covadonga en el Centro



Asturiano y el día de Santiago Apóstol, 25 de julio, en el Centro Gallego. Luego había clubes bailables donde venían orquestas de Buenos Aires de música clásica y de tangos. En estos bailes, si conocías alguna chica, ibas y conseguías una mesa grande para la chica, alguna amiga, la mamá o tía y otras amistades y era un orgullo para uno poder juntar una mesa grande aunque tuvieras nada más que una pequeña amistad con la chica que habías invitado. Luego si había otras chicas se iban arrimando amigos. Yo simpatiqué con el Centro Asturiano y en unas obras que hicieron colaboré y me dieron un diploma como socio vitalicio. En una fiesta que la Sociedad Española organizó en el hotel Ritz conocí a mi futura esposa con la que me casé en el año 1960 a los cinco meses de haber llegado mi hermano Ignacio.



Tuvimos dos hijas y hoy seguimos viviendo juntos, como Dios manda

Yo hasta esa fecha viví con mi tío, hermano de mi madre. Luego de casado fui a vivir a una casa que había comprado en Av. General Paz 4851. A mi hermano le hice un departamento donde vivió hasta que se hizo su propia casa.

Las Navidades y Primero de Año seguimos celebrándolas en mi casa con mucha más gente y más alegría pues a mis familiares y amigos se agregaron los de mi señora.

En el año 1967 tuve la suerte de tener en Santa Fe dos años a mi madre. Le gustaba mucho las costumbres de aquí, la gente y sobre todo las casas de un solo piso que aquí son muy frecuentes. La llevamos a reuniones y fiestas

y ella como buena castellana simpatizaba mucho con todos, inclusive el vice-cónsul de España tenía parientes en Saldaña donde todos los martes iba a la feria. En una fiesta del Centro Asturiano le regalaron una muñeca vestida de asturiana el día 8 de septiembre, día de la Santina.



Yo con 81 años soy feliz viviendo con tantos recuerdos como pasaron en “los 25 años que viví en España y los 56 en Argentina.

Quiero mandar mi agradecimiento a la Comunidad Castellana de Santa Fe ya que sin ella no hubiese tenido la oportunidad de contar tantas cosas ya pasadas pero que estaban en el recuerdo.

Muchas Gracias y que siga creciendo.